



Interciencia

ISSN: 0378-1844

interciencia@ivic.ve

Asociación Interciencia

Venezuela

Charreau, Eduardo
Ciencia e innovación
Interciencia, vol. 26, núm. 7, julio, 2001, p. 269
Asociación Interciencia
Caracas, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33905801>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

CIENCIA E INNOVACIÓN

La ciencia y la tecnología han sido reconocidas como fuerzas motoras esenciales en el proceso de desarrollo. Sin embargo, la década de los ochenta trajo consigo desilusiones para los países en desarrollo en sus intentos de aprovechar los cambios tecnológicos. A la luz del cambio global y de la lucha por un nuevo orden mundial, se requieren teorías innovadoras, nuevos paradigmas y abordajes creativos respecto de la ciencia y la tecnología.

La importancia de la CyT como catalizadores de la prosperidad nacional, la promoción de la salud y la calidad de vida son la justificación para la inversión en investigación básica e industrial. No obstante los beneficios sociales y económicos generados por la CyT en dos siglos de era industrial, la antigua visión de una frontera infinita para la investigación no ha brindado soluciones permanentes para la generalidad de la sociedad. En naciones industrializadas, la relación de intercambio entre ciencia y sociedad es fluida, con crecientes demandas políticas para forjar lazos más estrechos entre la investigación básica y las aplicaciones industriales para resolver necesidades sociales.

En los últimos años, muchos países de la Asociación Interciencia han reestructurado el aparato político para la revisión y la financiación de la investigación académica y su enlace con la industria. Con pocas excepciones, como Canadá y, por supuesto, Estados Unidos, las tendencias documentadas para otros países son recientes y es prematuro evaluar logros concretos en términos de objetivos nacionales. Sin embargo, la importancia de desarrollar estrategias innovativas y marcos de referencia para capitalizar la CyT y lograr coherencia en el sector de las políticas públicas no puede ser soslayada.

Una política estratégica para CyT no es incompatible con la excelencia científica, ni lleva inevitablemente al "cortoplacismo" para contentar la avaricia de los estamentos financieros y comerciales. Negar que la investigación básica pueda ser evaluable es contraproducente y enajena innecesariamente a los estamentos políticos involucrados en las decisiones financieras.

Es lugar común en nuestros países comentar que el mayor impedimento para la explotación industrial de la ciencia es el "cortoplacismo" de la industria y la ineficacia en el manejo y la comprensión de la tecnología en los niveles ejecutivos. Estas generalizaciones son cuestionables y peligrosas. La excelencia y la mediocridad existen en la industria y en la Academia, y la competitividad requiere excelencia en ambas.

En algunos sectores académicos se difundió una creencia ilusoria de que todo instituto de educación superior debe ser un centro de investigación internacional de excelencia. Sin embargo, la expansión en la cantidad de universidades y la

reclasificación de los centros de educación superior implican que pocos alcanzarán ese status, y la inversión de capital para la competitividad de nivel mundial es apabullante. El efecto a largo plazo del descuido pasivo de la infraestructura de ciencia básica será incapacidad para competir en el futuro, e implica una falta de apreciación por parte de los políticos de la importancia de la ciencia moderna en la competitividad industrial, o una decisión de que la ciencia no es una materia de prioridad nacional, o en el peor de los casos, ambas.

No se puede asumir que la mayor conciencia pública de la CyT implique necesariamente el apoyo del público a la investigación. El potencial de aplicación de las nuevas investigaciones para mejorar el bienestar humano será influido por el ambiente social en el que los avances científicos tienen lugar, y en el que deban aplicarse, así como por el progreso de la investigación *per se*. Facilitar al público la participación en el debate de los objetivos de CyT es el principal reto pues los ciudadanos esperan respuestas simples a problemas complejos, y reciben información de medios sensacionalistas que prometen hallazgos instantáneos o catástrofes inminentes.

Los desajustes sociales y económicos creados por las nuevas tecnologías pueden también plantear inquietantes problemas para los gobiernos. Éstas pueden crear desempleo en las industrias tradicionales, con impactos nefastos en las comunidades que dependen de empresas de una era anterior, no adaptadas a las circunstancias. Es perentorio que las políticas que sostengan el empleo –un objetivo social legítimo– no sean disfrazadas de políticas CyT.

La necesidad manifiesta de un mejor enlace entre ciencia básica y aplicación industrial conlleva consecuencias importantes para la I+D académica. Una estrategia de "créannos" por parte de la academia no es suficiente cuando los gobiernos afrontan la poco deseable tarea de asignar escasos fondos a una amplia gama de demandas sociales, muchas de ellas con mayor urgencia que la ciencia básica.

Los científicos deben prepararse para proponer y aceptar medidas productivas para la invención y la innovación. Sin esta voluntad, los políticos y el público juzgarán que la comunidad científica quiere escapar a su responsabilidad.

El rendimiento debe redefinirse en términos de calidad de ideas generadas y seleccionadas, el espectro y la escala de una eventual aplicación industrial, y el éxito de la industria en el mercado global.

EDUARDO CHARREAU
Presidente
Asociación Interciencia